



CAPÍTULO 1

De todo cuanto el anciano conde de Alhazara había hecho por Cameroth, de todas las adulaciones a la Casa Real, las promesas de lealtad al Priorato de la Razón y la docilidad (y algún que otro soborno) con que había servido al Parlamento, nada le había dolido tanto como la humillación de que los primeros caídos a manos del sur fueran de los suyos.

Habían pasado tres meses desde que Marjannah al'Sairahr, la serenísima sultana de Aramat, había declarado la guerra a sus vecinos norteños después de que su única hija y heredera muriera por culpa del difunto rey Reginald Darlington. Nada más conocerse la noticia, el conde supo lo que se les venía encima, sobre todo porque no era la primera vez: al encontrarse tan cerca de la frontera, Alhazara había cambiado más veces de bando que una cortesana de corpiño, lo cual no parecía algo que los demás aristócratas estuviesen dispuestos a olvidar. «Quien una vez fue aramatí morirá aramatí», había oído decir a menudo en el Parlamento, donde el color de piel de su condado era una prueba más que suficiente de que no convenía confiar en un alhazarino así como así.

Probablemente fuera esa la razón por la que en Brigantia, la capital del reino, nadie se inmutó cuando las tropas de la sultana Marjannah comenzaron a asediarlos: debían de haber imaginado desde el principio que Alhazara era una causa perdida. Hacía casi un mes que los estandartes con el sol de Shamaya se extendían por el horizonte, detrás de la muralla natural del bosque de Salahamad, y ninguna de las negociaciones había surtido efecto, para desesperación del conde. Apenas unas horas antes, la capitana que se hallaba al mando, una tal Khadiya, había enviado un ultimátum a la antigua ciudadela: si durante el transcurso de esa noche Alhazara no se rendía, sus tropas caerían sin piedad sobre ella.

Y entonces, cuando empezaba a pensar que sus horas estaban contadas, alguien se presentó en el umbral del castillo. Alguien que había atravesado la ciudadela como si la conociera mejor que el conde, pero cuyo aspecto no podía ser menos camerotiense.

—Vengo a ofreceros una solución. —Aquel hombre era altísimo, aunque resultaba imposible adivinar su edad: tenía la cabeza envuelta en un pañuelo, como solían hacer al otro lado de los Eslabones del Sur, y ni siquiera se le distinguían los ojos—. Es demasiado tarde para que el ejército se retire, pero aún podéis salir de esta con algo de dignidad.

No dijo en ningún momento «mi ejército», pero el conde no albergaba dudas acerca de su procedencia: por si el pañuelo no fuera suficiente, iba envuelto en una capa igual de raída entre cuyos pliegues asomaba la empuñadura de una cimitarra.

—Si de verdad os importa el futuro de vuestro condado, batíos conmigo a las seis de la mañana en la trasera del castillo —continuó—. He dado instrucciones para que, si me vencéis, los aramatés se retiren de inmediato. Por el contrario, si soy yo quien os vence, entregaráis Alhazara a la sultana Marjannah sin tener que librar batalla.

—¡No sé quién se ha creído que es, pero se necesita mucho más para asustarnos! —respondió el conde, pese a habérsele secado la garganta—. Estamos preparados para plantarles cara y tenemos refuerzos de so...

—Tenéis menos de ocho mil soldados alhazarinos y apenas un millar más procedente de las aldeas. La mayoría reclutados a la fuerza, sin haber tocado un arma en su vida y medio muertos de hambre tras el asedio. El ejército aramatí cuenta con más de cien mil efectivos y solo la quinta parte se encuentra al otro lado del bosque. —El desconocido se cruzó de brazos—. Si me gustara apostar, no lo haría precisamente por vos.

Al conde le temblaron las puntas del bigote, pero no se le ocurrió qué responder, ni tampoco a sus hijos. Durante casi un minuto, todos guardaron silencio.

—¿Qué diantres pretende conseguir con todo esto?

—Creía habérselo dejado claro: evitar un choque entre nuestros ejércitos. Os estoy dando la posibilidad de resolver este conflicto de la manera menos sangrienta.

—Sí, eso ya nos lo ha dicho, pero ¿qué es lo que realmente pretende? ¿Por qué un soldado arriesgaría su vida por una tirana que no sabe lo que es la compasión?

Pero el desconocido ya había girado sobre sus talones, seguido por su capa deshilachada, y lo último que le oyeron decir fue «mañana, a las seis» antes de sumergirse en la niebla.

Aquella noche nadie pegó ojo en el castillo, ni en las estancias de los criados ni en los antiguos salones, cuyas cristaleras, por culpa de los bramidos de la condesa, casi estallaron en pedazos. Finalmente, cuando su cabeza amenazaba con correr la misma suerte, el conde se encerró en la biblioteca para tomar una decisión, con cada repiqueteo

de los relojes que tanto le gustaba coleccionar resonando como un espadazo en su mente.

—Lo haré yo —se ofreció su segundo hijo a eso de la medianoche, cuando resultó evidente que Brigantia no pensaba acudir en su ayuda—. Ese andrajoso está convencido de que somos demasiado cobardes para aceptar. Si me hubiera visto el invierno pasado en Preslea, durante el campeonato de tiro de su majestad, no se habría mostrado tan gallito.

—Esto no tiene nada que ver con nuestros torneos, Roland —le recordó su padre—. Un hombre como ese no sabrá lo que son las reglas ni el protocolo...

—Tampoco sabrá disparar siendo de Aramat —replicó el muchacho—. Allí no han oído hablar de los revólveres Oxcaster; me imagino que atacarán con palos, cerbatanas..., lo que consigan rapiñar del desierto. Además —Roland abrió la caja de las pistolas de su padre, colocada sobre la repisa de la chimenea—, a nosotros también nos vendrá de maravilla que no haya reglas. Creo que se llevará una sorpresa.

Para cuando los cuatro abandonaron el castillo, acompañados por el mayordomo y media docena de criados, el sol empezaba a vislumbrarse como una moneda de nácar entre la niebla que seguía lamiendo la ciudadela. El desconocido estaba esperándoles en el lugar convenido, arrebujado en la misma capa salpicada de remiendos.

—Habéis venido. —No había ni rastro del ejército invasor a sus espaldas, entre la espesura del bosque de Salahamad. «Esto cada vez tiene menos sentido», pensó el conde, empapado de sudor pese al frío que hacía. «Es como si no se plantease la posibilidad de morir»—. Doy por hecho que estos hombres serán vuestros testigos.

—Es un consuelo que al menos conozcáis esa costumbre —repuso Roland, y empezó a desabrocharse la levita. El aramatí, por su parte, se limitó a echar sobre sus hombros el borde de la capa—. James, acér-

cate —ordenó a uno de los criados—. Al haber sido retado, tengo derecho a escoger el arma...

—Y supongo que la cimitarra no estará entre vuestras opciones.

El desconocido, no obstante, no puso impedimentos; solo sacó uno de los revólveres de la caja y, después de asentir a Roland, se colocaron espalda contra espalda. El ruido de sus botas sobre la hierba volvió a hacer pensar al conde en el de los relojes (¿de dónde salía todo ese eco, como si Cameroth entero contuviera el aliento?), hasta que los combatientes se encontraron a veinte pasos de distancia.

Cuando ambos se detuvieron, el viento también pareció hacerlo, y hasta la niebla dio la impresión de imitarles. El conde aguardó con el corazón en un puño mientras, todavía de espaldas, los dos hombres alzaban sus revólveres, aunque no les dio tiempo a volverse: a una señal de Roland, algo se movió entre la espesura.

Dos cañones asomaron entre las ramas de un roble, pero no tan rápido como para que el aramati no lo notase: antes de que consiguieran apuntarle, había girado sobre sí mismo y abatido a los atacantes de sendos disparos. Cuando uno cayó al suelo, ahogando un grito de dolor, el conde reconoció a uno de los muchachos de los establos instantes antes de que su propio hijo fuera abatido.

«¡Roland!», dejó escapar mientras corría hacia él. Sus hermanos se apresuraron a seguirle, con las caras blancas como la cal, hasta que repararon en algo que les hizo detenerse.

Roland no estaba muerto, ni siquiera malherido. El disparo lo había alcanzado en el pecho, pero, cuando el anciano le desabrochó el chaleco, vio que no había rastro de sangre: solo una inconfundible quemadura de éter.

Definitivamente, aquel tipo sabía cómo funcionaban los revólveres Oxcaster, al menos en cuanto a la posibilidad de aturdir en vez de

matar. Al girar la cabeza, el conde descubrió que los criados apostados por Roland también volvían en sí entre gimoteos.

—Puede que haya pecado de credulidad —oyó acercarse los pasos del aramatí—, pero supuse que los valientes hombres de Alhazara no se plantearían atacar por la espalda. No cuando se trata de un lance de honor.

Ahora el sol se hallaba más alto, asomando a través de un jirón abierto en la niebla y, cuando incidió en los ojos que asomaban entre el pañuelo, el conde descubrió que eran azules. «Por la Razón, ¿desde cuándo un aramatí tiene esos ojos?».

—Si aún recordáis lo que significa esa palabra, cumpliréis los términos acordados: regresaréis a la ciudadela y daréis orden de disponer las armas, y Alhazara pasará a manos de Marjannah al'Sairahr como os prometí: sin una gota de sangre.

—Obedeceremos..., obedeceremos ahora mismo —prometió el anciano, demasiado abrumado para hacer otra cosa que estrechar a su hijo contra el pecho.

—¿Quién demonios le ha enseñado a disparar así? —El hombre, que acababa de darse la vuelta, se detuvo al escuchar a Roland. Había logrado incorporarse sobre un codo, congestionado por la humillación—. ¡Los aramatíes no tienen armas como las nuestras, no conocen la tecnología del éter ni saben cómo...! —Pero algo le hizo detenerse.

El desconocido se había bajado el pañuelo dejando que unos mechones revolotearan a su alrededor. Unos mechones tan pelirrojos como los de la Casa Real.

—Nunca he dicho que fuera aramatí —respondió.

Y sin una mirada más, Cordelia Darlington se encaminó hacia su ejército mientras el sol seguía alzándose sobre el último pedazo de tierra arrebatado al enemigo.

A decorative border of various-sized gears in shades of gray surrounds the text. The gears are arranged in a somewhat chaotic pattern, with some overlapping and others spaced out. The background is a light, neutral color.

CAPÍTULO 2

Mucho más al norte, donde los días duraban un parpadeo, un hombre corría como si la Muerte acabara de entregarle su tarjeta de visita.

El mar golpeaba los acantilados de Stokkar, un islote situado en el corazón del Enjambre, y el viento bramaba como si todos los ahogados entonaran la misma canción. El hombre apenas oía sus propios jadeos, pero casi resultaba mejor así; cuando más ruido hubiera, más difícil sería encontrarle, incluso para aquel ser invisible que había acabado con su tripulación en una playa de arena negra.

—Si eres un demonio..., esto no te servirá de nada —resopló mientras corría acantilado arriba, trastabillando con las rocas sueltas—. Mi alma está consagrada... al Dios de las Profundidades. ¡No sacarás nada... a cambio de ella!

Desde la ladera del acantilado, la espuma levantada por el oleaje recordaba a nieve pulverizada, más blanca de lo que era por el contraste con la arena. Unos peñascos se elevaban entre la niebla, las rocas conocidas como las Espadas a las que el mar debía su nombre y que, según las leyendas piratas, habían sido clavadas por los Primeros Saqueadores después de que los reyes de Cameroth pusieran precio a sus cabezas.

Mientras escalaba las últimas rocas, creía sentir unas espadas muy distintas en su nuca, tan invisibles como las que habían asesinado a su gente. La entrada a una pequeña cueva no tardó en aparecer entre la niebla y el hombre apretó el paso hacia ella.

—Mi alma está consagrada a mi dios... —No había nadie dentro: solo una charca del Culto de las Profundidades—. Mientras permanezca aquí, no podrás tocarme.

Al aproximarse al agua, distinguió los huesos amontonados durante los sacrificios en honor al dios y sus acólitos. Algunos habían sido esculpidos en las paredes de la cueva: reconoció a unas sirenas, a un enorme pulpo...

—Ni tú ni los tuyos podréis cruzar este umbral. —Apretó la espalda contra el relieve de una sirena, procurando ignorar lo puntiagudo de sus colmillos—. Ya te has llevado a demasiados de mis hombres. Tienes almas de sobra para una temporada...

—Unos demonios muy extraños, los vuestros —oyó de repente—. Incluso en el Enjambre tiene que haber cosas más apetecibles que devorar.

Algo le asestó un empujón que lo envió contra el suelo. El pirata profirió un grito y cuando se dio la vuelta, con el corazón retumbándole, vio que alguien acababa de aparecer a su lado, aunque no podía asemejarse menos a un demonio.

Un hombre (no, un hombre no: un muchacho) le observaba con un cuchillo en la mano y una expresión que le hizo sentir escalofríos. «Pero ¿qué...?».

—Osvör, supongo —continuó—. He oído bastantes cosas sobre ti. Ninguna buena, aunque no es que me sorprenda.

Tenía los ojos oscuros, con la forma almendrada de los helianos, y el pelo recogido en un desastrado moño.

—Dios de las Profundidades... ¡Pero si eres ese putito crío!

—Un putito crío que te ha hecho correr como una rata. —El cuchillo que sostenía en la mano dibujaba un reguero rojo a su paso—. No dice mucho a tu favor.

Su camisa hecha jirones se agitaba con el viento, sujeta con un fajín del que colgaban cinco teselas de jade. Osvör reconoció la de su amigo Erik, la del capitán Bjorn...

—Siento decirte... que pierdes el tiempo conmigo. Matarme no te hará encontrar lo que buscas..., lo que todo el Enjambre sabe que te ha traído aquí.

—Eso tendré que decidirlo yo. —Y tras guardarse el cuchillo dentro del fajín, el muchacho trazó un círculo luminoso con la mano.

Todo sucedió tan deprisa que Osvör tardó en entenderlo: las costuras de su chaqueta se rasgaron, una tira de tela se elevó en el aire y, tras retorcerse como una soga, se enroscó alrededor de su garganta. El estupor le hizo caer otra vez sobre el suelo, tan cerca de la charca que salpicó agua por todas partes.

La imagen del muchacho se desvaneció entonces, solo para aparecer un segundo más tarde a su lado. Al inclinarse sobre él, vio que tenía una cicatriz en forma de aspa en la cara.

—A decir verdad, que estés tan informado lo hará más sencillo. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea... de lo que han hecho con ella. ¡No sé nada de la princesa!

—Descuida, ya contaba con eso. He visitado a unos cuantos señores de la piratería antes. —El muchacho señaló las teselas de su fajín—. Si no estaban al tanto de su paradero, dudo que lo esté un muerto de hambre como tú.

Sus palabras llegaban deshilvanadas a oídos de Osvör, como si se encontrara dentro del agua. Por mucho que seguía retorciéndose, clavando las uñas en aquella sogá, le resultaba imposible arrancársela; era como si se la hubiesen cosido a la garganta.

—Pero no me refería a ella, sino a Jón Egilsson. ¿Dónde se ha metido?

—La última vez que supe de él... antes de marcharme de Óhrein, la noche en que cayó la República... —Osvör hizo un esfuerzo por respirar—. Me dijeron que lo habían...

Los relieves de las sirenas empezaban a desvanecerse, con sus ojos de piedra muerta y sus dientes como cuchillos. «Si muero así, nunca vendrán a buscarme. No me llevarán a los Palacios de las Profundidades».

—Me dijeron que lo habían visto... zarpar poco antes. Se dirigía... a Puerta de Paz...

—¿Puerta de Paz? —La sorpresa hizo aflojarse la sogá, pero el muchacho volvió a apretarla; Osvör gimoteó—. ¿Qué se le ha perdido allí?

—Querrá echar amarras en Cabo Armisticio..., igual que los demás, ahora que la República de Paz... nos pertenece. ¡Pero no sé nada más, de verdad...!

Casi con aburrimiento, el chico dibujó otro círculo y Osvör aspiró una bocanada de aire. La sogá cayó sobre su pecho, una inofensiva tira de tela otra vez.

—Muy amable por tu parte —contestó el heliano mientras se limpiaba las manos—. Creo que esta visita ha tocado a su fin, pero descuida: no le contaré a nadie cómo casi te meas encima.

Se había dado la vuelta para marcharse, pero el pirata no respondió: sus ojos seguían clavados en él mientras trataba de recuperar el aliento.

—Ah, y no te preocupes: no pienso llevarme tu barco. Tus hombres y tú podéis hacer lo que se os antoje con él, aunque os llevará un tiempo limpiar la sangre...

—Lo mismo... podría decirte yo —masculló Osvör, y antes de que el muchacho reparara en ello, se incorporó para empujarlo con todas sus fuerzas.

La arremetida los envió a ambos al suelo, cerca de donde el terreno comenzaba a descender hacia el acantilado. Durante unos segundos rodaron sobre los peñascos, dándose de puñetazos, hasta que Osvör, más corpulento, consiguió ponerse sobre él.

—A lo mejor resulta... que no eres tan intocable como creías —continuó agarrándolo de las muñecas—. Sin tus dibujitos luminosos no hay trucos que valgan, y sin esto otro —se estiró para agarrar el cuchillo— tampoco harías daño ni a una puta mosca.

Cuando el muchacho se revolvió, Osvör le asestó un puñetazo que estampó su cabeza contra el suelo. Durante el forcejeo se le había abierto la camisa y, al reconocer el contorno azulado de un tatuaje, el pirata se detuvo. Una sirena destacaba sobre su pecho, demasiado parecida a las que adornaban la cueva.

—De todo lo que has hecho, incluidas las muertes de mis hombres —el tono de Osvör era más peligroso ahora—, esto es lo peor con diferencia. Que un gusano como tú se atreva a llevar nuestro emblema me da ganas de arrancarle la piel a tiras.

El muchacho no le respondió: acababa de advertir que algo había aparecido sobre el hombro del pirata, algo recubierto de escamas doradas.

—Supongo que esperabas que esto te salvase de tu propia gente. De esa hermandad de asesinos de la que te has largado... —Mientras la silueta de una serpiente metálica se elevaba tras él, Osvör

apoyó la punta del cuchillo sobre el tatuaje—. Siempre podríamos enviarles tu cabeza para que te tachen de la lista de desertores. Aunque no es lo primero que pienso cortarte, ahora que tenemos tiem...

Antes de que acabara de hablar, los anillos de la serpiente se cerraron en torno a su garganta. Con una brusca sacudida, su cuello se quebró como una rama y Osvör se desplomó, poco a poco, sobre el muchacho.

—La madre que te parió, Aldashir —rezongó este mientras se lo quitaba de encima. Los ojos del pirata seguían abiertos, pero había dejado de respirar—. Sé que lo has hecho a propósito: no podías soportar que solo te debiera dos.

—Me debes tres, mocososo. —En cuestión de segundos, las escamas de la serpiente se reordenaron para adoptar otra apariencia: la de un aramatí de mediana edad, con una perilla corta y unos ojos rojos medio ocultos por un turbante—. Parece mentira que hayas olvidado cómo te salvé el culo la semana pasada con esas cazarrecompensas de Rivenmoor.

—Lo de las cazarrecompensas lo tenía controlado. Además, que yo recuerde, no te cargaste a ninguna: solo las tiraste por la borda de una coza.

—Sigue siendo trabajo sucio. Y sigues debiéndome tres.

—Dos y media, como mucho. —Cuando Aldashir le alargó una mano metálica, el muchacho la aceptó con una mueca—. Pero con este te doy la razón: ha sido un hueso duro de roer.

Osvör había quedado de bruces con la cabeza en un ángulo antinatural y el chico deslizó un pie bajo su cuerpo para darle la vuelta. Una tesela de jade colgaba de una de sus trenzas, idéntica a las que llevaba prendidas en el fajín, y se la cortó con ayuda del cuchillo.

—Empieza a ser una bonita colección —comentó el antiguo Gran Visir de Aramat.

—¿Escuchaste lo que le sonsaqué antes de que se me echara encima? —dijo el muchacho—. ¿Lo de que Egilsson se dirigía a Cabo Armisticio?

—Por mucho que quiera creerle, Sheng, es mejor que no nos emocionemos: dar con el secuestrador de alguien no es lo mismo que dar con ese alguien. Hasta que se demuestre lo contrario, seguimos sin tener ni idea de dónde está mi princesa...

—Pero al menos dejaremos de avanzar en círculos —dijo Sheng, y tras atarse la tesela a la cintura, señaló a Osvör—. Deberíamos librarnos de él.

Mientras Aldashir volvía a convertirse en serpiente para arrastrar el cuerpo hasta la charca, el muchacho pensó en lo mucho que habían cambiado las cosas, en lo distinto que era ahora el mundo de la Gaiatra que había conocido. Cinco semanas antes, la alianza de las hermandades piratas del Enjambre y las Islas Cicatrices había dado su golpe de gracia a la República de Paz y lo que hasta entonces había sido el baluarte de la diplomacia internacional había degenerado en un caos absoluto.

—Al final no necesitaron usar a Raisha como moneda de cambio. —Osvör solo era ahora una silueta desdibujada bajo el agua, uno más entre los cuerpos amortajados por el musgo—. Si los rumores son ciertos, el gobernador no tuvo oportunidad de renunciar: acabaron con él la noche en que cayó la república.

—Si los rumores son ciertos —repitió Aldashir mientras recuperaba su apariencia humana—. Hemos seguido tantos que no me atrevo a creer en ninguno más.

Parecía haber pasado un siglo desde que Sheng y él abandonaron Cameroth en una barcaza aerodeslizadora, siguiendo el rastro dejado por un pirata llamado Jón Egilsson en cuyo poder, supuestamente, se

hallaba Raisha al'Sairahr. El mismo hombre al que Sheng se la había entregado a cambio de su tatuaje, algo que había creído que le salvaría la vida, pero que, a cada día que pasaba sin noticias de la princesa, parecía quemar más y más. «Tres meses buscándola de una isla a otra, de un asesinato a otro —pensó mientras limpiaba la sangre del cuchillo, evitando devolverle la mirada a su propio reflejo—. Tres meses en los que ella no habrá hecho más que maldecirme».

Al menos era un consuelo que Aldashir hubiese decidido aplazar sus ganas de destriparlo. Durante todo aquel tiempo lo había seguido como una sombra, había recorrido el Enjambre a su lado..., había matado cuando la ocasión lo requería, y no por primera vez esa tarde. Para entonces, Sheng había desarrollado un secreto respeto por aquella alma en pena atrapada en una armadura de escamas, sobre todo cuando supieron que la sultana Marjannah había declarado la guerra a Cameroth (aunque en el Enjambre ignoraran los motivos) y Aldashir, en vez de regresar a su lado, había continuado con la búsqueda de Raisha. Por muerto que estuviese, aún recordaba lo que eran los sentimientos y Sheng sabía que la quería como a una hija.

—Será mejor que regresemos —comentó cuando acabó de limpiar el cuchillo—. Cuanto antes nos embarquemos, antes estaremos en Cabo Armisticio.

—Y antes deberás inventarte otra excusa —contestó Aldashir—, más creíble que las anteriores, a poder ser. Siento decirte que eres mejor como asesino que como actor.

—¿Otra excusa? —El muchacho se dio la vuelta—. ¿A qué te refieres?

—A que ya no estás haciendo esto, dejar este reguero de muertos a tu paso, solo para limpiar tu conciencia. Conseguir el perdón de

Raisha no es lo que te ha hecho llegar tan lejos. —Y cuando Sheng enarcó las cejas, Aldashir añadió—: Los dos sabemos lo que has acabado sintiendo por ella y también lo mucho que te aterra.

Por un momento, Sheng estuvo a punto de contestar con un resoplido, pero el aliento pareció enredársele en la garganta. Habría dado cualquier cosa por decirle que se equivocaba: que lo poco que quedaba de su honor, si alguna vez había existido, era lo que le había hecho emprender aquella búsqueda. Que no eran sus ojos lo que trataba de evocar cada vez que asesinaba, que el recuerdo de su sonrisa no era lo que le hacía entrar en calor, durante las interminables noches que pasaban al raso, cuando el Mar de las Espadas quemaba de puro frío y su corazón amenazaba con romperse de arrepentimiento. La había deseado cuando la tenía cerca, le había divertido hacerla ruborizarse, sentir que era capaz de dejar una huella en ella, como los dedos de un alfarero sobre una arcilla sin mancillar...

Pero los recuerdos de esa Raisha se desdibujaban más cada día, igual que los rasgos de Osvör bajo la superficie del agua. Ahora, cuando Sheng imaginaba su reencuentro, solo podía pensar en la decepción con la que ella lo miraría. La decepción y, seguramente, el odio.

—Vámonos de una vez —fue lo único que respondió, y comenzó a descender por el acantilado—. Tengo demasiada sangre que limpiarme.



CAPÍTULO 3

Faltaba poco para que se pusiera el sol sobre Brigantia, pero en el Emporio Fitotecnológico Thornstone, uno de los complejos industriales del distrito de Infierno, los ensordecedores engranajes aún se respondían unos a otros con un traqueteo incesante.

Las primeras sombras habían empezado a arrastrarse por los pabellones atestados de plantas mecánicas, cercando a los cientos de obreras que seguían trabajando sin parar, pero en los invernaderos situados en lo alto, donde las carísimas glimáridas en flor resplandecían como luciérnagas, los ruidos parecían atenuarse nada más cruzar el umbral. «Unas farolas de lujo para unas calles desiertas —reflexionó Primrose Ward, una de las supervisoras, sin apartar los ojos de su parterre. Cinco flores perfectas, medidas escrupulosamente cada amanecer, derramaban su claridad en torno a ella—. ¿Qué sentido tiene dedicarles tanta atención si nadie se atreve a pisar las avenidas que adornan?».

Llevaba tanto tiempo inclinada sobre las plantas que la espalda empezaba a dolerle. Tras sacar de un maletín un

frasquito de éter, más caro que todas las posesiones que había tenido en su vida, Primrose hundió una jeringuilla en el agujero de la tapa y el receptáculo se inundó de una extraña sustancia azul, ni líquida ni gaseosa. «No, no tiene sentido ni lo tenía antes de la guerra», pensó mientras sujetaba una glimárida por el tallo, aunque no le dio tiempo a hacer nada con ella: el «¡Prim!» que sonó a sus espaldas, procedente de la entrada, la hizo detenerse en seco.

Una muchacha algo más joven, de unos veintitantos años, se acercaba a toda prisa por el sendero central, esquivando a los tecnólogos ataviados con batas blancas. Tenía las mejillas sonrosadas por la carrera y el recogido medio deshecho.

—Sabes de sobra que no puedes llamarme así —siseó Primrose cuando se detuvo a su lado—. Mientras estemos en el Emporio, para ti soy la supervisora Ward.

—Es... importante, Prim. Ha pasado algo en Alhazara que debes saber.

Por encima de otro grupo de glimáridas, un tecnólogo las observaba con el ceño fruncido. Primrose se inclinó de nuevo sobre la flor con la que estaba trabajando.

—Si vienes a contarme que Cordelia Darlington estaba con el ejército aramatí, llegas bastante tarde: no hay nadie que no lo sepa en la fábrica. De todos modos, Ivy, ahora estoy ocupada; ven a mi dormitorio esta noche si necesitas hablar de...

—No, Pri..., supervisora Ward. Esto es importante de verdad. —La otra muchacha respiró hondo antes de susurrar—: Tiene que ver con las Ascuas.

La jeringuilla que Primrose sujetaba estuvo a punto de escapar de sus dedos. Durante unos segundos, no hicieron más que sostenerse la mirada hasta que la supervisora, después de guardar sus utensilios

en el maletín, se encaminó con un «acompañame» a uno de los montacargas que comunicaban con el resto del Emporio.

El pabellón en el que desembocaron también recordaba a un invernadero, aunque en su interior no había ni una planta auténtica: las que abarrotaban las mesas colocadas en hileras solo eran hermosas mentiras de acero esmaltado. Unos raíles recorrían la superficie de las mesas y las obreras inclinadas sobre ellas añadían, con la precisión de una rueda atrapada en un engranaje, cada uno de los componentes de las flores (unos pétalos de papel de seda, unos estambres de hierro retorcido, un vaporizador escondido entre las hojas) antes de pasárselas a la siguiente. Comparadas con aquellas muchachas, incluso las plantas mecánicas parecían rebosantes de vida: ninguna apartaba los ojos de su tarea ni se giraba hacia sus compañeras, ni le quedaban fuerzas para entablar conversación, hasta que el repiqueteo de unas campanadas rompió la monotonía.

Como una sola persona (quizás estuvieran convirtiéndose, cada día un poco más, en máquinas), las obreras abandonaron lo que estaban haciendo para ponerse en pie. Pese a que no parecían deseosas de cotillear, Primrose condujo a Ivy a una esquina y esperó a que las mesas empezaran a vaciarse antes de mirarla.

—Supongo que esto tendrá que ver con la reunión de hoy...

—Vengo de allí; ni siquiera me quedé al discurso de Neil Hollister. Todavía no ha decidido cómo sacar a su hermana de la prisión, pero no era de eso de lo que quería hablarnos. Hace unas horas, recibió una llamada de eterófono de Alhazara...

Mientras atendía a Ivy, los ojos de Primrose seguían recorriendo la habitación: solo quedaban un par de obreras en una mesa, demasiado cansadas para abrir la boca.

—La líder del grupo alhazarino ha contactado con él —susurró Ivy—. Al parecer, y por mucho que te cueste creerlo..., han decidido deponer las armas.

—¿Las Ascuas de Alhazara? —Ahora los ojos de Primrose se clavaron en ella—. Pero ¿no llevaban años haciéndole la vida imposible al conde?

—Dicen que ya no serán necesarias más barricadas. Cuando el ejército aramatí tomó la ciudadela, la líder se reunió con la capitana al mando y esta le aseguró que no habría represalias contra los nuestros. Puede que Alhazara haya pasado a manos del sultanato..., pero son las Ascuas quienes tienen ahora el control de las calles.

Con cada palabra que escuchaba, los ojos de Primrose aumentaban de tamaño.

—Si te interesa mi opinión —siguió Ivy—, estoy segura de que no ha sido decisión de la sultana, sino de la princesa Cordelia. Con todas esas historias de maridos decapitados, cuesta imaginar a Marjannah al'Sairahr preocupándose por...

—A la sultana le trae sin cuidado el proletariado, Ivy. Lo único que quiere es destruir a la Casa Real por lo de su hija y conoce la amenaza que supone nuestro movimiento. Las malas hierbas arderán hasta las raíces... —Primrose sacudió la cabeza—. Debe de saber que solo es cuestión de tiempo que ese fuego se extienda por el reino: Alhazara ha sido el principio, pero la situación en Middlemarsh pende de un hilo, y si la rebelión obrera acaba triunfando en los condados del norte...

—... lo único que la Casa Real controlará será Brigantia. —Las dos alzaron la vista hacia la cubierta, a través de cuyos cristales se distinguían, convertidas en fantasmas por la contaminación, las siluetas de unos aerocarruajes—. ¿De verdad crees que está muerta?

—¿De quién hablas ahora? —se extrañó Primrose—. ¿De la princesa de Aramat?

—Nadie sabe qué le sucedió..., solo que pretendía huir en un dirigible abatido por la Casa Real. Pero no han dicho qué hicieron con ella ni...

—Seguramente la enterrarían en una fosa común —oyeron decir a una de las obreras—. Debía de quedar tan poco de su cuerpo que no tenía sentido enviárselo a su madre.

Primrose tardó en recordar quién era: se llamaba Rosa, o Rosalie, o algo así. Con tantas cofias idénticas, cada vez costaba más distinguirlas.

—No recuerdo que hayamos pedido tu opinión —le recriminó Ivy.

—Sería imposible mantener semejante farsa —prosiguió la muchacha, limpiándose las manos con Solución Desinfectante del Doctor Harker; las recién llegadas aprendían enseguida que era el mejor modo de protegerse del arsénico—. Cientos de personas vieron estrellarse aquel dirigible, los grabados aparecieron en los periódicos... La princesa de Aramat está más que muerta —se secó las manos en el delantal— y los muertos no suponen un peligro.

—Con una piel tan morena, solo puedes proceder de Alhazara —contestó Ivy de mal humor—. ¿No tenéis suficientes cosas por las que preocuparos en tu condado?

—Ni siquiera sigue siendo un condado como tal —le recordó Primrose—. De hecho, con todo lo que ha ocurrido, puede que el señor Thornstone se replantee seguir teniendo a alhazarinos en el Emporio. Ahora que oficialmente sois súbditos de Aramat...

—Me muero de miedo. —Tras desatarse las cintas del delantal, la muchacha lo arrojó sobre la mesa—. No sé quién querría renun-

ciar a pasarse la vida aquí, con jornadas de trabajo de catorce horas, unas gachas aguadas para comer, un camastro cochambroso en el altillo y más picaduras de chinches de las que podría contar.

Aunque no levantó la voz, aquello hizo que las otras se quedaran mirándola como si fuese un engranaje el que acabara de hablarles.

—¿Crees que puedes dirigirte así a tu supervisora? —Ivy observó a Primrose, atónita—. ¿Te das cuenta de que podría hacer que te despidieran?

—Si queréis ir a hablar con el señor Thornstone, no tendré problema en acompañaros —aseguró Rosa—. Seguro que también le interesa escuchar lo pendientes que están sus empleadas de los tejemanajes de las Ascuas.

Unas manchas rojas aparecieron en las mejillas de Primrose, pero no le dio tiempo a ponerla en su sitio: en ese momento, las puertas del pabellón volvieron a abrirse y las mujeres que acababan de abandonarlo regresaron al interior.

—¿Qué está pasando? —se sorprendió Ivy—. ¿No habían sonado las campanadas?

—¿Por qué han vuelto todas? —preguntó Primrose a uno de los capataces—. Se supone que tendrían que estar bajando al comedor.

—Órdenes de arriba —respondió el hombre. Tras asegurarse de que nadie más escuchaba, añadió—: Dicen que Thornstone quiere hablar con las trabajadoras de esta sección. Parece un asunto serio, pero no tengo ni idea de qué será.

«Alguien habrá vuelto a meter la mano en las despensas», pensó Primrose, aunque no pudo impedir que un presentimiento le agarrara el estómago. Su aprensión creció aún más cuando, tras unos minutos de revuelo, unos guardias entraron con el señor Thornstone, que parecía más inquieto que de costumbre.

Fueron los azules y plateados de sus uniformes los que hicieron saltar sus alarmas. Las fuerzas de seguridad de Infierno, el distrito industrial, vestían de rojo; si la Guardia Celestial había descendido hasta allí, el asunto era grave.

—Señoritas, hagan el favor de calmarse —ordenó Thornstone, levantando sus rechonchas manos. Tenía bastantes más canas en el bigote, pensó Primrose; la situación también le estaba pasando factura—. Estos caballeros han venido a hacerles unas cuantas preguntas. Si se muestran colaboradoras, no tendrán de qué preocuparse.

—Buscamos a una muchacha llamada Ivy Dawson —interrumpió uno de los guardias—. ¿Alguien ha oído hablar de ella?

El murmullo que seguía propagándose entre la multitud cesó de inmediato. Primrose tuvo que apoyarse en una mesa antes de que las piernas la traicionaran.

—Ivy Dawson —repitió el guardia—. ¿Ninguna de las presentes la conoce?

—No digas nada —murmuró Primrose al sentir temblar a Ivy—. Deja que yo me...

—Está aquí —dijo una chica de repente, y la agarró con tanta fuerza que Ivy soltó un grito. Primrose alargó una mano hacia ella, pero era demasiado tarde: cuatro de sus compañeras la habían empujado ya a través de la multitud.

Las que se encontraban en primera fila se apartaron en el acto, como si temieran que les contagiase algo. A espaldas de Primrose, Rosa se tensó de manera instintiva.

—¿Es usted la señorita Dawson? —inquirió el guardia. Ella asintió, asustada, y el hombre prosiguió—: ¿Su madre se llama Winifred Dawson, de soltera Smithson, vino del condado de Redholm hace diez años y regenta una pensión en el distrito seis?

—Sí —dijo Ivy, apretando su delantal—, pero no entiendo qué...

—Llévala —ordenó el guardia entonces, y los que le acompañaban agarraron a la chica de los brazos para ponerle unas esposas.

Entonces el revuelo se convirtió en un caos y hasta Thornstone retrocedió cuando todas empezaron a hablar a la vez. Primrose se abrió camino hacia los guardias y una Ivy tan aterrorizada que ni siquiera podía protestar.

—En nombre de la Razón, ¿qué creen que están haciendo?

—No complique más las cosas, señorita Ward. —El tono del señor Thornstone casi era suplicante—. La Guardia Celestial tendrá sus motivos para interrogarla.

—¡Esa chica se encuentra a mi cargo, señor, y nunca ha dado problemas! No sé nada de su madre, pero me cuesta creer que pueda estar involucrada en...

—Su señora madre traicionó a la Casa Real hace tres meses. —Incluso en medio del alboroto, las palabras del guardia resonaron de un modo que hizo callarse a las presentes—. Hemos sabido que acogió bajo su techo a la princesa Raisha al Sairahr durante los días que pasó en Brigantia. Fue en su pensión donde estuvo planeando el asesinato del difunto rey Reginald.

—Ha sido un rastro complicado de seguir —añadió otro guardia—. Todavía no hemos localizado al heliano y el autómatas que la acompañaban, pero solo es cuestión de tiempo.

Ahora el silencio era tan espeso como la melaza, aunque mucho menos dulce.

—No —empezó a decir Ivy, a la que apenas se veía tras los guardias—, no, por favor...

—Confío en que esto sirva de advertencia general —prosiguió el que llevaba la voz cantante—. No importa cuánto corran las cucarachas

ni lo mucho que se escondan: la Guardia Celestial y la Guardia Infernal han sido entrenadas para encontrarlas, acorralarlas y aplastarlas una a una.

—Y les estamos muy agradecidos por ello —susurró Thornstone.

—Puede que la princesa de Aramat haya pagado por sus crímenes, pero las Ascuas siguen ahí fuera. Estoy seguro de que no es necesario añadir nada más. —Y tras hacer un gesto a sus compañeros, el guardia giró sobre sus talones para abandonar el pabellón.

—¡No, por favor! —chilló Ivy mientras la arrastraban fuera—, ¡no he hecho nada malo!

Primrose se sentía a punto de desfallecer, pero consiguió alzar la voz:

—¿Quién ha ordenado esto? —Los guardias la miraron—. ¿Quién les envía?

—Su majestad Sebastian Blackstone —respondió el que sujetaba a Ivy—, en represalia por la muerte de su abuelo, pero también por el bienestar del reino. Pronto no habrá en Cameroth ninguna cucaracha tan incauta como para cruzarse en el camino de la Casa Real.

—¡Prim! —vociferó Ivy antes de que desaparecieran con ella. El espanto había dejado a Primrose convertida en una estatua, incapaz de hacer otra cosa que temblar.

—Supervisora Ward... —dijo alguien de repente. Rosa había atravesado el gentío para agarrarla de una manga, pero Primrose se soltó de un tirón, sin molestarse en mirarla, y abandonó el pabellón con los ojos húmedos.

Poco a poco, la muchedumbre acabó por dispersarse, demasiado amedrentada para hacer otra cosa que susurrar. Las obreras se marcharon una tras otra, el señor Thornstone se retiró a su despacho y al final no quedó nadie más que Rosa.

«Pronto no habrá en Cameroth ninguna cucaracha tan incauta como para cruzarse en el camino de la Casa Real». Las palabras de la Guardia Celestial seguían repicando en sus oídos, haciéndole apretar los párpados con fuerza. Casi sin darse cuenta, se dejó caer sobre uno de los bancos, apoyó su morena frente en la mesa y Raisha al'Sairahr, que lo había tenido todo y ahora no conservaba ni su nombre, que había anhelado ser la salvación de su pueblo y ahora no era nadie, rompió a llorar por primera vez en tres meses.